

SEXO: La falsa permisividad

JEAN-PAUL ENTHOVEN

¿Es la revolución sexual la única triunfante en nuestro siglo? ¿O se trata, antes bien, de una moda, de un sucedáneo que permite a los celadores de la vieja moral burguesa procurarse una buena conciencia a bajo precio? Para Jean-Paul Aron y Roger Kempf, la respuesta no ofrece duda: las añagazas de la sociedad permisiva no son sino una máscara tras la cual se oculta en todo momento el viejo puritanismo burgués del siglo XIX. Bajo el manto pornográfico, la represión sexual sigue siendo la regla. El título de su libro —recién aparecido en la editorial francesa Grasset— es voluntariamente provocador: "El pene y la desmoralización de Occidente".

LIBERALIZACIÓN, permisividad, fin de los tabúes... Para ustedes se trata de fórmulas huecas, porque la represión es algo que no ha desaparecido...

JEAN-PAUL ARON.—Evidentemente, ni la proliferación de "sex-shops", de revistas obscenas, ni la inflación de películas porno bastan para convencerme de que en el terreno de la "liberalización" o de la "liberación" han cambiado las cosas. Además, ¿qué se esconde detrás de estas palabras? ¿Una transformación de las conciencias? ¿Una tolerancia respecto de los demás? Dése usted una vuelta por los Tribunales. Todos los días se juzgan allí delitos morales. Es como si siguiéramos estando en mil ochocientos cincuenta. Idéntico ceremonial, idénticos reflejos, las mismas humillaciones.

—El hecho de tratar de "enfermos" a los homosexuales, por ejemplo, ¿no constituye en sí un progreso? Antes, acusados de estar poseídos por el Diablo, los homosexuales podían ser condenados a la hoguera.

ROGER KEMPF.—Ciertamente ha habido un progreso, pero hay que ponerse de acuerdo sobre las palabras que se utilizan y los males en cuestión. En este sentido, el "progreso" tiene una historia. Una historia cuyo inicio puede fecharse con gran precisión: me refiero a la publicación por el doctor Tissot de una obra consagrada al "onanismo y sus funestas consecuencias". Este libro, aparecido en mil setecientos cincuenta y cinco, conoció singular fortuna.

—En pleno siglo de las luces, y a sólo unos años de distancia de la Revolución francesa...

J.-P. A.—Rousseau, Kant y otros muchos personajes ilustres lo tuvieron como libro de cabecera... Todos conocían de memoria los pasajes en los que Tissot explicaba que los onanistas son individuos miserables, condenados a sufrir mil males horribles y a una muerte prematura. En mi opinión, este libro marca el punto de partida de un largo proceso en el que van a ser objeto de acusación todos los "desórdenes" de la sexualidad.

—¿La Revolución de mil setecientos ochenta y nueve fue un acontecimiento conservador desde el punto de vista de las costumbres?

J.-P. A.—Con la Revolución francesa, que llevó a la burguesía al poder, se consolida, efectivamente, esta ideología de la "normalidad" sexual. En este sentido, la mojigatería de Saint-Just o de Robes-

ierre es ejemplar. Su "virtud" no es una palabra vana... Pero es sobre todo con la Monarquía de julio cuando triunfa la moral burguesa. Nada más subir al trono, Luis Felipe publica un edicto contra la prostitución y cierra las casas de juego.

—Aparentemente, esa sociedad burguesa a la que usted atribuye tanta gazmoñería no ha cesado de hablar ni de hacer que se hable de sexualidad...

J.-P. A.—Es cierto que la burguesía se ha visto obsesionada por su propia sexualidad. Y antes que ella, la dirección de las conciencias, la práctica de la confesión, los procesos por brujería dan fe de una voluntad de "saberlo todo" sobre todos los secretos de la vida sexual. Tal es, por ejemplo, la celeberrima tesis de Michel Foucault en el primer volumen de su "Historia de la sexualidad".

—Sin embargo, él demuestra precisamente lo contrario de lo que ustedes quieren probar...

R. K.—En efecto...

—Donde ustedes hablan de "represión", él



Grabado de Willi Geiger.



Ni la proliferación de "sex-shops" ni las revistas porno demuestran que, en el terreno de la tolerancia sexual, hayan cambiado las cosas.

habla, por el contrario, de "confesión". Donde ustedes acusan a la burguesía de censura o de ocultamiento, él le atribuye, por el contrario, una "voluntad de saber", la puesta a punto de una estrategia de la confesión...

J.-P. A.—Lo que hemos querido demostrar es que esta obstinación por el saber en el orden del discurso corre parejas con una empresa reductiva en el campo de las costumbres. En la indignación burguesa, la palabra del juez, del médico, del educador, juega un doble juego: se torna inquisidora para conocer —y, en este punto, Foucault tiene, evidentemente, razón—, pero, al mismo tiempo, condena para normalizar. Es este segundo aspecto el que hemos tratado de analizar en "El pene y la desmoralización de Occidente".

—Por cierto, ¿no es el título que han dado a su libro un tanto insólito para tratarse de una obra científica? ¿Han querido escandalizar, provocar a sus colegas de la Universidad?

R. K.—¿Cómo íbamos a pretender escandalizar a una sociedad que se pretende, si no permisiva, si al menos ilustrada? En el título de nuestro libro, la palabra "pene" era inevitable, puesto que lo que hemos querido decir es que, desde finales del siglo dieciocho, ha dependido en buena medida del "buen" o "mal" uso del sexo el buen funcionamiento de nuestras sociedades. Sin pene, sin herederos, no hay patrimonios, ni porvenir, y, sin embargo, esa causa del pene y de su empleo atípico, por lo que puede resquebrajarse el orden burgués, puede verse comprometida la marcha triunfal de la burguesía...

—Explíquese...

R. K.—Aquí, de lo que se trata es de rendimiento, de productividad. No olvide que el siglo diecinueve ha inventado las máquinas; es, pues, natural que se preocupe por su funcionamiento, incluido el de la "máquina humana".

—¿No creen ustedes que la burguesía ha sabido domesticar su sexualidad, codificarla, acomodarse a ella? ¿No hace falta una buena dosis de ingenuidad para seguir creyendo que la sexualidad, desviaciones incluidas, molesta a alguien?

J.-P. A.—Lo que sería ingenuo: equivaldría a asumir posiciones a lo Wilhelm Reich. Quiero decir que la idea según la cual el capitalismo ha hecho todo lo posible para canalizar la sexualidad, para inscribirla dentro de una economía general de la producción, del rendimiento, me parece una idea un tanto alícora.

"La represión de las desviaciones tiene un obje-

tivo preciso: proporcionar una legitimidad ulterior a la burguesía. Me explico: al comienzo, cuando la burguesía toma el poder, no se reconoce más que una legitimidad política y económica. Pero todavía carece de legitimidad simbólica.

"Por el contrario, sigue obsesionada por los modelos aristocráticos del nacimiento y el honor... Su honor será la moral, la virtud. Puesto que la nobleza, a la que trata de sustituir, era desvergonzada (véase Sade), la burguesía será mojigata. El despilfarro, el gasto se consideran a partir de entonces como algo horrible, vestigios del antiguo régimen que hay que destruir. Su obsesión por el onanismo y sus "funestas consecuencias" proceden seguramente de ahí: es tan escandaloso echar al viento la propia esperma como tirar la casa por la ventana.

—De su libro uno saca la impresión de que el juez, el médico y el legislador son los tres árbitros principales de esta moral...

J.-P. A.—Digamos más bien los tres escenificadores, porque se trata más bien de una dramaturgia, con ligera ventaja para los médicos. Desde la época de Tissot asistimos a una extraordinaria confabulación contra el cuerpo, y esta maquinación que se urde en sordina en el siglo dieciocho, estalla a bombo y platillo bajo el Segundo Imperio con ese principio de los enderezadores de entuerros que fue el doctor Tardieu.

"En mil ochocientos cincuenta y siete, año del proceso de "Madame Bovary", de Flaubert, y de "Las flores del mal", de Baudelaire, ese doctor Tardieu publica el primer ensayo sistemático dedicado a los pederastas. Este libro, de una importancia capital, permitirá a sus colegas menos dotados, o menos vigilantes, así como a los policías y a los jueces, "purgar a la sociedad francesa de sus inmundicias".

—Es curioso la fascinación que la burguesía triunfadora ejerce sobre ustedes.

R. K.—La burguesía es quizá la última clase social que ha concebido una visión del mundo. Y todavía hoy esa visión del mundo conserva todas las características que le atribuyera el siglo diecinueve.

—¿Cómo se reflejan en la literatura esas desviaciones sexuales, esas perversiones?

R. K.—Las desviaciones sexuales y las perversiones no adquirieron de modo inmediato carta de ciudadanía en la literatura. Probablemente por razones de censura tanto del Gobierno como de la opinión pública. Los grandes escritores muestran

una cierta reticencia a hablar con claridad. Con frecuencia ocurre como en el "Armanche", de Stendhal, que la homosexualidad se disfraza de impotencia o de dificultad de ser. En mi opinión, Balzac fue el primero que tuvo la valentía de acabar con este tabú, introduciendo en "La comedia humana" relaciones equivocadas: "Louis Lambert y su amigo de colegio —escribe— se paseaban juntos como dos amantes..."

—¿Flaubert?

J.-P. A.—De Flaubert se sabe, por ejemplo, que tuvo en Egipto ciertas aventuras masculinas con el pretexto de conocer las costumbres del país. Con todo, en "La educación sentimental" muestra, en la descripción de una amistad ardiente, un pudor ajeno a su modo de ser o a su correspondencia.

—¿Qué me dicen de Proust? ¿De Gide?

J.-P. A.—Marcel Proust se muestra, en su obra, infinitamente menos "liberado" de lo que dice. Nuestro novelista se inventó un universo prodigioso de ironías y metáforas para enmascarar y atenuar lo que tenía que decir sobre la sexualidad.

R. K.—Gide, por su parte, se refiere sin cesar al humanismo, a la vida de los hombres ilustres y a las ciencias naturales. Halla a gusto en reprobar a Proust el hecho de confundir la pederastia, pedagógica y sublime, con la sexualidad, sucia y vulgar. Sin embargo, en la euforia colonial, Gide limita los riesgos: la mayor parte de sus amores son de ultramar; sus amistades son mogrebie o egipcias.

—El fin de siglo inventó el psicoanálisis, del que ustedes hablan, por cierto, muy poco, y en el que las mujeres juegan un papel "teórico" nada despreciable...

J.-P. A.—El nacimiento del psicoanálisis resulta incomprendible si no se le sitúa en el contexto de rigorismo que hemos tratado de reconstruir. ¿No es curioso que Freud emprenda su obra a partir de ciertas observaciones en torno a la histeria, esa enfermedad endémica de la mujer frustrada? Observe también que la formulación del complejo de castración sólo se concibe en el marco de la obsesión de las prácticas masturbatorias, obsesión que se ha prolongado hasta la generación de nuestros abuelos, e incluso de nuestros padres.

—¿Podría el psicoanálisis convertirse en un saber y una terapéutica "superados" si las causas que contribuyeron a su nacimiento (rigorismo, represión) perdiesen vigencia por la misma evolución de las costumbres?

J.-P. A.—Personalmente no me cabe ninguna duda. Pero sabemos que el rigorismo y la represión, aunque ésta sea flexible, están a la orden del día. Además, la herencia de Freud es objeto de ásperas disputas. El psicoanálisis francés ha optado por desviarse de sus finalidades terapéuticas originarias. Es conocido, en este terreno, el papel pionero y pontifical del doctor Lacan en las décadas inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial. Lacan es uno de nuestros intelectuales que más han trabajado a favor de sacrificar el cuerpo. Con él no existe deseo alguno que no se reduzca a un "discurso", ni pene que no se convierta en "falo", ni "falo" que no se considere a su vez "significante". Su obra, que fue considerada en su momento como el colmo de la audacia, se inscribe seguramente en la línea de aquellos médicos que, en el siglo diecinueve, buscaban producir un discurso "tranquilizador" en torno a la sexualidad. ■ © TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".